

# LA CAMPANA DE HUESCA

REVISTA QUINCENAL

Historia—Literatura—Leyendas—Tradiciones—Poesía—Noticias, etc. del Alto Aragón

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Huesca, trimestre.... 0'75 pesetas.  
Fuera, idem. .... 1 :  
Número suelto..... 0'10 :  
*Pago adelantado.*

## DIRECCION Y REDACCION

Coso bajo, núm. 103

HUESCA

La correspondencia á la imprenta de este periódico á nombre del Administrador

*No se devuelven originales*

## SUMARIO

La Torre Nueva.—Notas quincenales, por F.—Efectos del arbolado en el alto-aragón, (continuación), por D. Joaquín Costa.—A la Virgen María, por D. Antonio Gasós.—Huesca en el siglo XVII, por G. Gota Hernández.—Costumbres populares: En la barbería, por P. P. y P.—Cantares populares.

## LA TORRE NUEVA

La impetuosidad de los vientos, ni la metralla de las bombas que lanzó el ejército francés en los memorables sitios de Zaragoza, fueron bastantes para derrumbarte.



En cambio, la ignorancia, con el poder en la mano, ha dictado tu demolición.

Eras la torre monumental de España y la más admirada de Europa, por la valiente inclinación que supieron imprimirte hábiles artistas mudejares, del siglo XVI.

Tus compañeras la *Asinelli* y la *Garisende* de Pisa y de Bolonia se alzan orgullosas, desde el siglo XII, siendo la admiración de propios y extraños. ¡Ah! ¡Felices ellas porque viven entre un pueblo amante de sus glorias!

\*  
\* \*

Los eruditos historiadores de Zaragoza señores Gascon de Gotor, han dedicado su primer número de la *España Ilustrada* á protestar contra el acto de la demolición de la Torre Nueva. El grabado que tenemos la honra de publicar, pertenece á la ilustrada revista, y lo reproducimos para que nuestros lectores conserven un recuerdo del notable monumento aragonés.

\*  
\* \*

La *España Ilustrada*, inserta escritos en verso y prosa de sesenta y nueve escritores, entre los que se cuentan los de treinta y siete directores y redactores de periódicos de España.

Hay firmas tan autorizadas como las de Rosa de Eguilaz, Joaquina Balmaseda, Antonia Rodríguez de Urreta, Ram de Viu, que ha escrito un romance notabilísimo. Luis Royo Villanova, Manuel María Angelón, director de la *Ilustración Artística de Barcelona*, Parada y Santín, catedrático y secretario de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, José Ramón Mélida, notable arqueólogo, Marceliano Isabal, Ricardo Sasera, Luis Montestruc, Cosme Blasco, marqués de Valle Ameno, Urries y Azara (don José;) vizconde de Espes, Ricardo Monterde, Sebastian Monserrat, etc., etc.

Inserta ilustraciones de Unceta y de los hermanos Gascón de Gotor, y fotograbados reproduciendo la Torre-Nueva, la *campana de los*



*cuartos* y el escudo de D. Fernando II de Aragón.

En el número próximo se publicarán los documentos, frases y fechas de la Torre-Nueva, y la reproducción directa de una rica medalla con el busto del rey católico, propiedad del general y escritor aragonés D. Romualdo Nogué.

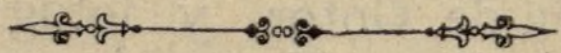
\*  
\* \*

Don José Ramón Mélida, correspondiente de la Real Academia de San Fernando, é individuo del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, adscrito al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, se expresa en dicho número de esta manera:

«En Zaragoza se derriba la Torre-Nueva, nada más que porque *estorba* los planes de algún vecino. En Madrid se destruye el Prado, se derriba la puerta de San Vicente y sus tallados sillares se pican para hacer guijo, y se quitan las estatuas del Retiro.

En Sevilla se piensa blanquear la Portada de Santa Paula... Al ver todo esto hay que convencerse de que nuestro país no solamente carece de instrucción y de sentido artístico, sino que en él aun hay un contagioso aborrecimiento á las artes y á la cultura que está produciendo hoy, más que nunca, una verdadera cruzada contra los monumentos. No hay exageración en lo que decimos. Grandes y chicos, dan aquí pruebas del más *acendrado vandalismo* en lo tocante á respetar obras de arte. No hay estatua pública con narices, ni muro que antes de su terminación no sea ilustrado con algún letrero ó monigote puesto con carbón. Al considerar que estas y otras muchas cosas de más monta, se hacen impunemente, sin que haya un código que lo castigue, mientras hay disposiciones municipales referentes al *ornato público*, casi llega á dudarse si semejante enfermedad la producirá nuestro suelo y si realmente deben rectificarse los límites geográficos de Europa, poniendo á España á la cabeza del Africa.

Pero, en fin, suponiendo que contra el microbio de la devastación de las cosas de arte, pueda emplearse el sentido común de los pocos españoles que aman el arte y admiran y respetan nuestros monumentos, ya que existen sociedades dedicadas á proteger hasta los perros, podría formarse una sociedad protectora de los monumentos artísticos y de las antigüedades, que encaminara sus esfuerzos á inocular en la masa común de los españoles el respeto al arte, difundiera la cultura artística, de que aquí se carece, y pidiera al Gobierno leyes sabias que pusieran nuestros tesoros artísticos y arqueológicos á cubierto de toda profanación y de los despojos aquí tan frecuentes y tan fáciles, mientras van siendo tan raros y difíciles en Turquía, en Egipto y en Asia, donde hay leyes que aquí echamos de menos.»



## Notas de la quincena

Ello fué que llovió copiosamente y en esta ocasión como en muchas otras, no podrán quejarse nuestros labradores del milagroso Cristo.

La lluvia con tanto deseo implorada, no se ha hecho esperar y los sembrados y plantíos se hallan hoy lozanos, y prometiendo consoladores rendimientos para el afligido colono, quien puede contar ya con una *regular* cosecha si las inclemencias del tiempo no la trastornan.

Y subrayamos lo de *regular* por la diferencia de apreciaciones; pues como todo es relativo hay quien considera nada más que *regulares*, cosechas abundantes y de pingües rendimientos, y califica en de *desastrosas* á las que solo producen mediano resultado.

Estas exageraciones bastante generalizadas por cierto, nos recuerda lo ocurrido entre un rico hacendado y su celoso administrador en un año en el que los accidentes atmosféricos habian mermado grandemente la cosecha.

«La piedra,—escribía este último,—ha asolado completamente los campos y viñedos; no se cogerá ni un solo racimo de uva.»

Más tarde y con motivo de un nuevo pedrisco escribía entre otras cosas «... lo poco que dejó la tormenta anterior lo ha arrasado el último pedrisco; no ha quedado absolutamente nada.»

Y cual no seria la sorpresa del rico propietario, cuando terminada la recolección y transcurridos algunos meses, recibió nuevamente carta del bueno de su administrador, consultándole en ella sobre el precio á que convenría venderse lo *recolectado en la última cosecha*. (Histórico)

Esto no quiere decir que no sean justas, justísimas las quejas de muchos agricultores, pues tras de épocas poco ó nada beneficiosas, apenas si en años relativamente productivos podrán algunos saldar sus atrasos y cumplir sus compromisos y satisfacer las exigencias del fisco.

\*  
\* \*

Y á propósito de esta clase de exigencias.

La riqueza urbana está siendo objeto de una investigación tan minuciosa y detallada que no parece sino que aquí no pagaba nadie, y va á resultar, según andan los cálculos, que todos somos unos Cresos ó Rostchiles sino que no sabemos sacar al capital el interés debido.

¿Qué culpa tengo yo, se dirá el gobierno, que sea V. tan caritativo que tenga los inquilinos medio de valde?

Y así resulta que el encargado de estas escrupulosas investigaciones haciendo sus cálculos más ó menos fundados, le diga á V. «esto debe á V. producirle tanto y más cuanto, etc., etc.,» y.... punto redondo, y aquí paz y después gloria.

Es decir, después ya veremos lo que sucede que no es difícil marrar en cálculos, cuando se trata de la riqueza urbana de una población,



sino se conoce ó no se tiene en cuenta las condiciones especiales de esta, la crisis porque atraviesa, la relativa escasez de gente y otras diversas condiciones que aminoran su importancia y merman los rendimientos de su riqueza urbana.

La prensa local en este asunto, está en su debido terreno y corresponde y se ajusta bien al epigrafe de «defensora de los intereses morales y materiales.»

Cuente con nuestro modestísimo concurso.

\* \* \*  
Las funciones religiosas continúan reuniendo selecto y numeroso concurso. Prueba de ello, los cultos del mes de María en la basílica de San Lorenzo á donde acude lo más escogido y lo más *spchut* de la sociedad oscense.

Cuanto á funciones profanas y diversiones de todo género,....ni agua. El teatro que comenzó el año con una *niñería* sobradamente bien recibida por el público, cerró sus puertas sin que hasta la fecha haya probabilidades de que vuelva á abrirlas para nada, ni siquiera para la ejecución de las obras y mejoras necesarias de que tanto se habló cuando el nuevo contrato de arrendamiento.

Lo mismo sucede con la Plaza de Toros. Alguno que otro proyecto de celebración de corrida, y nada hasta ahora en concreto. Y eso que la fiesta del Patrono se avecina y debiera ya pensarse en disponer algo.

Porque la inauguración de la nueva línea férrea hasta Jaca, ya sabemos que ha de hacerse con la menor solemnidad posible.

\* \* \*  
Las oposiciones celebradas últimamente en la iglesia Catedral para nombramiento de Maestro de Capilla, han terminado ya y con su terminación han comenzado los comentarios y juicios del público sobre el resultado de aquellos, que ha sido negativo por lo que respecta á la provisión de la referida plaza.

El Tribunal no ha considerado méritos bastantes para ello en ninguno de los opositores.

Ni siquiera han merecido estos la aprobación de sus ejercicios.

Y este fallo que algunos califican de exageradamente rigorista, lo atribuyen otros á planes y objetivos distintos.

Lo que fuere sonará en su tiempo, cosa no difícil tratándose de música.

Porque pudiera suceder que no sean los opositores los que más hayan *desafinado* en el asunto.

F.

## EFFECTOS DEL ARBOLADO EN EL ALTO-ARAGON

POR  
DON JOAQUIN COSTA

(Continuación)

En Méjico el cultivo del plátano es al del trigo como 3 es á 400; en una área superficial, caben en número de 40, y producen 2.000 kilogramos de frutos succulentos; de trigo, po-

drian cosecharse á lo más 15 kilogramos. En razón inversa de estos rendimientos está el concurso que los árboles reclaman del cultivador durante el proceso de la producción; según Roscher, bastan al mejicano dos dias de trabajo por semana invertidos en sus plantaciones de bananeros, y tres dias por año al indigena de la isla de Pascuas, para proveerse con lo necesario al mantenimiento de la vida; al decir de Cook, diez artocarpos ó árboles del pan alimentan una familia en la Oceanía; y Tommaso asegura que con seis castaños y seis cabras y el agua de una fuente, tiene el córsico reunida toda la riqueza que necesita. La lección no es para desaprovechada, por más que no hayamos de volver á una edad ovidiana, donde *per se det omnia tellus*, y el hombre se sustente, como dicen autores griegos y latinos que se sustentaban los primeros progenitores de la gente española; con bellotas cocidas al rescoldo ó amasadas á modo de pan.

Vivos, regulan con sus funciones la vida de la Naturaleza; muertos, regulan con sus despojos la vida social. Vivos ó muertos, los árboles nos acompañan do quiera en el curso de nuestra vida, como si fuesen una dilatación de nuestro cuerpo ó el angel tutelar de nuestro espíritu. Al nacer, nos reciben cual madre cariñosa en las cuatro tablas de una cuna; al morir, nos recogen cual clemente divinidad en las cuatro tablas de un ataúd, y nos restituyen al seno de la tierra, de donde ellos y nosotros hemos salido, y desde la cuna hasta el sepulcro, no hay minuto en que podamos declararnos independientes de ellos, ni órgano de la casa que no se reconozca pariente suyo en línea recta, ni átomo de su cuerpo que no sirva á alguna de nuestras necesidades. Conforme progresan éstas, la virtualidad del árbol se desenvuelve en nuevas manifestaciones, y progresa también; llega un día en que no necesitamos de sus valientes troncos para sostener el techo de nuestras viviendas, porque los ha destronado el hierro, ni de sus pródigas ramas y jugos para cocer nuestros alimentos y ahuyentar el frío y las tinieblas de nuestras habitaciones porque los ha suplantado en estos oficios el carbón mineral; pero entonces su potencia se metamorfosea, y el árbol se convierte en vehículo de nuestras ideas y medio de comunicación entre los hombres, en el poste del telégrafo y el papel de madera. Lo que ayer era negro carbón, es ahora blanca hoja de carta y de periódico. Ayer calentaba los cuerpos; ahora ilumina las inteligencias. Ayer congregaba en torno del hogar los miembros dispersos de la familia; hoy reúne en la santa comunidad del pensamiento á todos los pueblos y razas que componen la gran familia humana. Muriendo la muerte de la Naturaleza, el árbol se ha dignificado, ha adquirido una vida superior; de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu.

Los árboles son la tradición, el elemento conservador; los cereales y viñas la reforma, el elemento progresista. Ahora bien, tradición



y progreso son factores esenciales de todo presente, si no ha de estancarse en la muerte ni precipitarse en la ruina. Ni demasiado, ni demasiado poco; estos dos extremos en el arbolado engendraron las eternas fiebres de las Lagunas Pontinas y las de la isla de Java. Cohibir el progreso, es fomentar la muerte ó incubar los gérmenes de la revolución; destruir la tradición, es suprimir el áncora que modera los impulsos motores en la máquina universal, ó dar alas à la reacción. Y en plena reacción estamos en materia de árboles, lo mismo que en materia de libertades; nuestro pueblo no ha sabido conservar éstas, y ha ayudado á estirpar aquéllos y no urge menos restaurar los unos que las otras. Sucedió en Prusia, á principios del siglo, que se dieron á exterminar los gorriones por bando de buen gobierno, fundándose en que comían mucho trigo; más luego de exterminados advirtieron que, más que trigo, devoraban insectos careófagos, y entonces hubieron de pedir con instancias gorriones á Francia y fomentar su cria, porque sin su poderoso auxilio no podían cultivar el trigo. En este punto nos hallamos nosotros; hemos talado el arbolado, porque ocupaba el espacio que se juzgó necesario para el cultivo de panes, y ahora sentimos la necesidad apremiante de restablecerlo, porque sin él no hay certidumbre ni regularidad en los vientos ni en las lluvias, ni corren los manantiales para beber, ni los ríos para regar, ni las acequias para poner en movimiento nuestras fábricas. El Ayuntamiento de Espluga (Gerona) hubo de repoblar un monte para conseguir la reaparición de los antiguos manantiales que daban vida á la población, y que se habían secado casi por entero; el Gobierno inglés ha debido repoblar apresuradamente algunos montes de la Australia para restablecer el nivel de las antiguas lluvias, que habia descendido á mitad del pluviómetro. Ha sido preciso retroceder. Y no hay otro camino que este; para los árboles no hay *sucedáneos* como para el café; en el ejercicio de las funciones que desempeñan en el mundo, sólo pueden sustituirse y heredarse ellos mismos. El trigo ha ido trepando por las laderas de los montes, invasor y absorbente como lo son todas las democracias; retroceded á prisa, revolucionarios mal aconsejados, en busca del elemento moderador, y vaya desalojando de nuevo el arbolado al trigo, de esas regiones usurpadas, y restaurando el curso regular de los meteoros, que las talas y los descuajes han envuelto en la confusión y el desorden.

Para comprenderlos efectos y la consiguiente importancia del arbolado, no hay como recorrer con algun detenimiento un país de montaña, observar el terreno, las reliquias de los antiguos montes y el actual lecho de los ríos, consultar la sabiduría popular, interrogar á los campesinos acerca de las mudanzas observadas por ellos en el curso de los hidrometeoros, coordinar noticias y fechas sobre roturaciones y manantiales... Entonces, lo que habíamos

tomado por declamaciones huecas inspiradas en tirana y tornadiza moda, ó á lo sumo, exageradas hipérboles de un hecho indiscutible, nos parecen pálidas pinturas de una realidad alarmante y amenazadora. Entonces, la duda desaparece, la creencia se hace convicción, y el ánimo se sorprende ante la magnitud del peligro, y se irrita ante la pequeñez del remedio con que entienden precaverlo los gobernantes. ¡Son muy elocuentes los hechos! Durante una excursión practicada por la región montañesa del Alto-aragón, estudiando los dialectos, la Poesía Popular y el Derecho Consuetudinario de este país, original sobre toda ponderación, he tenido ocasión de escuchar los lamentos del pueblo campesino, y de registrar por incidencia algunos hechos más ó menos relacionados con el gravísimo problema del arbolado. Y como toda predicación es poca, tratándose de cuestiones sociales de tanta trascendencia como la presente, y de pueblos tan inactivos y fatalistas como nuestro pueblo, regido á dicha por gobiernos que realizan con él en desidia é inactividad, paréceme que no estará demás un breve resumen de algunas de esas observaciones, que vayan á aumentar el catálogo de las ya conocidas, y labren lo que fuere posible, si lo es algo, en la opinión pública, y en el ánimo de los llamados á interpretarla en la legislación.

## A LA VIRGEN MARÍA

Fama de Nazaret, gloria de Oriente,  
Rosa de Jericó, Virgen piadosa;  
Si el eco triste de mi voz doliente,  
Si de mi labio la canción medrosa  
Llega al trono de luz resplandeciente  
Donde tienes tu gloria esplendorosa,  
Escucha grata la plegaria mia  
Virgen Madre de Dios, dulce María.

Una mujer, en el Eden, hermosa,  
Por serpiente diabólica inspirada:  
Imprudente gustó la fruta odiosa  
Por el Supremo Bienhechor vedada;  
El dulce fruto presentó la esposa,  
Más que nunca gentil y enamorada,  
Al hombre débil, que quedó manchado  
Con la temida mancha del pecado.

Una mujer de celestial encanto  
En las playas creció de Galilea;  
Dios la creó para lavar con llanto  
Del pecador fatal la mancha fea;  
En su pecho lució sublime y santo  
Del infinito amor la eterna tea,  
Y su nombre brilló de gracia lleno  
Al ser templo de Dios su casto seno.

¿Quién superior á tí? ¿Quién tu grandeza  
Puede decir con el lenguaje humano?  
Dios al crear tu celestial belleza  
Casi forzó su omnipotente mano;  
De bondad, y de amor y de pureza  
Emblema fuiste hermoso y soberano  
Y en justo pago de tu amor profundo  
Te adora el cielo, te bendice el mundo.



Cuando la aurora por Oriente asoma  
El pájaro te ofrece su armonía,  
Sus primeros arrullos la paloma,  
El prado su verdor y lozanía,  
Las frescas flores su naciente aroma,  
Y el aura leve hasta tu trono envía,  
En caprichosos y revueltos giros  
Canciones y perfumes y suspiros.

Canta tus glorias el marino errante  
Cuando rugiendo la tormenta estalla,  
El soldado te invoca agonizante  
En mitad de los campos de batalla.  
La pobre viuda, la olvidada amante  
Te cuenta triste, lo que al mundo calla,  
Y tu clemencia celestial implora  
El que ama, el que muere y el que llora.

¡Ay! yo lloro también, mi vida flota  
Entre las olas del dolor insano,  
Como la nave abandonada y rota  
Entre el turbio cristal del Oceano.  
Para arribar hasta la playa ignota,  
Quizá ¡infeliz! me fatigo en vano:  
Si de tu amor el faro no me guía  
¡Ay! ¿Qué será de mí, Virgen María?

ANTONIO GASÓS.

## HUESCA EN EL SIGLO XVII

### (NOTAS)

Don Francisco Diego de Ainsa é Irriart escribió «Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima ciudad de Huesca, así en lo temporal como en lo espiritual, recopiladas.» Fué impresa en esta ciudad por Pedro Cabarte el año 1619, en folio mayor y tiene 660 páginas, á dos columnas. Esta obra notable, según el erudito bibliófilo Lattassa, es una de las primeras historias provinciales que posee la nación española.

El autógrafo está en el archivo de la Santa Iglesia Catedral y son escasísimos los ejemplares completos de este libro, que se conservan.

En los tiempos de este autor tenía Huesca parte de las noventa torres que la circundaban: buen número de conventos; 4.532 habitantes y 1.121 casas. Esta curiosa estadística la sacó de los libros parroquiales después que cumplieron con el precepto pascual los pacíficos moradores de la ciudad.

En la cuenta no cita los clérigos, religiosos y religiosas que ascendían á más de 450, ni pone el número de casas que aun estaban cerradas, efecto de la gran pestilencia que hubo el año 1516, cuando gobernaba la diócesis Fray Belenguer de Bardaxi.

Debió ser tan horrible la peste, que murieron desde primeros de Abril á fines del citado año, «en la parroquia de La-Seo, 131 personas; en la de San Pedro, 29; en la de San Lorenzo, 149; en la de San Martín, 300 y en el Hospital más de 600 personas.»

La administración y gobierno de la ciudad se regía por el Justicia que representaba nada me-

nos que al monarca reinante. Era elegido por el Prior y Jurados en un término, sito extramuros, que llamaban Vinicarroz.

Hecha la elección oían todos, en la Catedral, el sacrificio de la Misa y sermón que versaba, casi siempre, sobre el mejor medio de administrar justicia por igual sobre todos los ciudadanos. *para*

Había también, entre los cargos, el de Almutazafe, juez severo que dirimía y castigaba el fraude en la venta de todas las mercaderías y cuidaba de la limpieza, tanto en la ciudad como fuera, á un tiro de ballesta; esto no fué obstáculo para que creciera en abundancia la yerba en las principales calles de la población, hasta hace muy poco tiempo.

El *Padre de Huérfanos* tenía un asiento en el Concejo, junto al del Almutazafe y era su misión principal «limpiar la ciudad de personas que con su mal ejemplo y vida podrían inficionar y pervertir la gente». *también* ~~Tuvo~~ atribuciones de sentenciar á los autores de semejantes faltas con destierro y azotes. *teniendo*

~~Tonia~~ Huesca por aquel tiempo unos *Estadísticos criminales*, confirmados por el Virrey de Aragón el 26 de Septiembre de 1106 y dice Ainsa respecto de su articulado. «Entre otros hay uno por el cual es tan nombrada la justicia que en Huesca se suele hacer, llamada el estatuto de la *albarrana de Huesca*, por el cual, con la brevedad que el caso pide, se castiga al delincuente haciéndole proceso con la aceleración que á muchos se ha hecho, pues he visto yo en cuatro horas prender á uno, hacerle el proceso y castigarlo por él, y así es refran muy comun el que dicen: *Guárdate de la albarrana de Huesca*.» *Había en*

\*  
\* \*

Las hermandades religiosas eran en número crecidísimo y con reglamentos notables que cumplían estrictamente.

Entre otras citaremos la que en el convento de San Francisco fundaron los notarios, bajo la advocación de San Luis. El número de notarios en la ciudad era de quince, según privilegio especial confirmado por D. Jaime II, en el que se les autorizaba otorgar documentos en todo el reino de Aragón, excepto en la ciudad de Zaragoza.

En la capilla de San Raimundo, sita en el convento de Santo Domingo, estaba la cofradía de los calceteros fundada el año 1611. Los cordoneros tenían su rolde en el altar del Santo Cristo desde el año 1599. Los médicos, cirujanos y boticarios se congregaban en la capilla de los Santos Cosme y Damián, existiendo la particularidad de que ninguno podía ejercer su profesión sin que constara inscrito en el rolde de la cofradía.

En la Iglesia de San Lorenzo estaban las cofradías de San Lorenzo Martir, fundada por el rey D. Jaime I el Conquistador el año 1283; la de Nuestra Señora de la Esperanza que empezó en 1394 y la de San Juan de los Ballesteros. (Llamábanse *ballesteros* estos cofrades por el



uso que hacían de las ballestas en determinados días del año para tirar al blanco, logrando valiosos premios.)

También tuvo esta Iglesia las hermandades de Santiago, no pudiendo pertenecer a ella más que los de origen *Gascón*; la del martir San Hipólito, rolde compuesto de pelaires desde el año 1398; la de Santa Lucía, fundada por los guanteros el año 1598 y la de la Virgen de Loreto establecida por los sogueros el 14 de Enero de 1600.

La mayoría de los gremios citados en la relación anterior no existen ya desgraciadamente, y el fervor religioso tampoco se muestra en la actualidad con hermandades tan bien organizadas.

\*  
\* \*

Entre algunas rarezas de esta historia se consigna que por aquel tiempo, los frailes del convento de San Agustín mandaban al Obispo de Huesca, por los días de la Natividad del Señor, un par de capones por ciertos privilegios y bulas que recibieron.

Consigna también Ainsa que en la torre del citado convento «están los aposentillos donde suelen encerrar las brujas» y asegura también que «cuando abrieron las cajas para echar los cimientos en la actual ermita de San Jorge, hallaron unas canillas de tan extremada grandeza, que no es posible fuesen sino de gigante, las cuales enterraron debajo de la columna que está más cerca del altar, á la parte del evangelio».

\*  
\* \*

Para mantener el orden disponían el Justicia y Jurados de cuatro *verdugueros* (hoy *guindillas*) cuyo vestido era calzón y justillo negro con larga capa verde y llevaban, como insignia de autoridad, *un palo de vara y media de largo*.

Los días de gran solemnidad, dos *verdugueros* vestidos con ropón azul adornado de terciopelo iban delante de los Jurados, á las ceremonias religiosas y profanas, llevando sobre sus hombros mazas sobredoradas, que según datos, pesaban entonces diez y seis libras cada una.

\*  
\* \*

Estas son, expuestas á grandes rasgos, las impresiones que recibí por la lectura del libro del notable oscense D. Diego de Ainsa é Irriart. Si bien la sociedad de aquel tiempo, en algunos detalles, parece más tranquila, me recuerda lo que dije un poeta, que todo tiempo pasado fué mejor.

G GOTA HERNANDEZ.

## COSTUMBRES POPULARES

### En una barbería

El dueño de ella, llamado Sr. Pantaleón, afeita á un municipal que ha tenido viruelas; el dependiente hace lo propio á un empleado

que le huele el aliento y lleva patillas en figura de costilla; y un hombre de la curia de nariz roma, y bastante boqui-angosto se halla esperando la vez para entregar su cara al barbero, cerca del cual hay una guitarra que ha estado rota, á juzgar por un trozo de badana, que en forma de corazón, hay pegado en la caja. El Sr. Hipólito, alegre como unas castañuelas, entra en la tienda llevando de la mano á un muchacho de doce años que hace medias lunas en un pedazo de pan; la cara de su padre, que es el mismo Sr. Hipólito, es redonda como la luna en lleno y colorada como un pimentón riojano; su estatura algo más que la de un perro sentado, y mientras el un ojo mira á Chimillas, el otro mira hacia Siétamo. Comienza el coloquio.

—Deo en gracias.

—A Dios sean dadas.

—Es esta la barbería de uno que le icken Pantalión ó Pantalón?

—Si señor, entre V. Yo soy ¿Qué quería V?

—Ah, nada, que cuando salí de Zaragoza me dijo el señor Culicarpio, ice, miá Polito, por que yo me llamo Polito, ice, si por un por si acaso tiocurre resurate, llégate á la barbería del señor Pantaleón que tiene unas manos muy arregladas pal manejo de la navaja, amos ya conocerá usté al señor Culicarpio, es uno que lleva bigote y tiene tienda en la calle de la Paja y vende garbanzos, jodías, abadejo, churizos, clavos y otros comestibles ultramarinos.

—Si señor, ya le conozco, y le aprecio mucho porque es todo un caballero.

—Caballero no, porque no tiene caballo, na mas tiene un machico que corre más que el bichorno; pero hombre formal, lo es. Digame, ¿usté á mi que le conozco dende que nos casamos; ahura está viudo, porque se le murió la mujer.

—Que quiere V. afeitarse?

—Y algo más: quiero que me dusté una güeltecica po este pelo, porque mandicho que paizco un choto: amos Calistro, ven po aquí. ¡Qué crio! Atienda usté, siempre con el zoquete en la mano y no piensa más que en llenar el buche; si tan listo fueras pá la letra y pá deslustrarte; amos, siéntate aquí con comenencia.

—Y V. también puede sentarse un poco, que luego lo vamos á despachar á V.

—No, espacharme no; antes me tiene que resurar y cuertarme estas melenas.

—Bien, vamos, luego le serviremos á V.

—Hombre, pues ya que tengo que asperarme, no llevarán de mal que eche una jotica con esa brigüela, verdá?

—No señor; ahí la tiene V.; puede ser que esté algo mal templada.

—Eso no importa, ya la templaré yo, yá; bien destemplada tengo buen recau de veces la mujer, pero prontico la templo; apuradamente tengo una vara de esas que se mimbrean, que si me habla, luego la compongo y la arreglo un vestido muy cumplidico.

(El barbero coge la guitarra y se la dá al señor Hipólito.)



—Ahi tiene V. Sr. Hipólito.

—No, hombre, si me llamo Polito; vá, ya veo que no sabusté ni la metá que Dios. Conque, ya está templadica ¡vaya güeno!

(El Sr. Hipólito canta con voz de sochantre en día solemne.)

Prencipio cauteloso  
man dicho que el sol tiofende,  
yo con el sol riñiré  
y al sol le daré la muerte.

—  
Aunque yo soy del campo  
hablo muy fino  
y digo: *guegos, zapo,*  
*raina y devino.*

¡Viva la gracia, salero! ¡Anda palante! Y vaya otra señor Pantaleón.

Con la misma virulencia  
que corre el fiero-carril,  
con la misma virulencia  
te estoy quisiendo yo á ti.

—  
Cuatro cosas bien dichas  
dice la gente:  
*Hospital y vesita,*  
*trimulto y juente.*

(Todos los de la tienda): Bien, muy bien.

(Un muchacho asomándose á la puerta).  
¡Que baile!

(Una mujer muy grande, gritando). Calandarios de Joaquín Yagüe y Mariano Castillo. ¡Que se rematan! ¿Quién compra otro calandario?

(El Sr. Pantaleón, conociendo el carácter del Sr. Hipólito, se une con el empleado para darle cordelejo).

—Ya vemos que lo entiende V. perfectamente, Sr. Hipólito.

—Que no, hombre, que no, si ya li dicho á usted que solo me llamo Polito; por mote me llaman algunos *Manazas*, por que como ustés las ven, las tengo muy largas y á propósito pa dar una gofetada de esas de cuello güelto á cualquier presona que me mire con los ojos entornaus.

—Efectivamente, tiene V. unas manos muy largas.

—Pues miuste, too es al consolante; los pieses, el cuello, las pantorriilas y la cabeza, too es lo mesmo, largo y grande; y el pelo, como uste ve, bien largo también y bien juerte; tres ó cuatro veces se ha empeñau la mujer á partirme la raya con la punta de una navaja, y como si no, siempre mu rebelde. Con que les ha gustau la jotica ¿eh?

—Sí hombre, lo entiende V. á las mil maravillas.

—Pues si mubían visto en Roma y en el camino cuando jui á la peleguinación....

—¿También V. ha estado en Roma?

—Sí señor, juimos un rabaño de aragoneses. Yo malargué con un montón de gente de Zaragoza y de mi pueblo, pero en el coche del tren nos juntamos más: íbamos D. Zenón el botecario, su mujer doña Rufa, el cható y su

mujer y los dos hijos, y el señor Romaldo, uno que vende en el mercao salchichas y tocino magro, y aemas vino el gaitero de mi pueblo, el señor cura y Zelipe el sacristan.

Al llegar á Francia, se vinieron con nustos unos pijaitos y una señora de Loporzano que llevaba unsombrero con mapolas, claveles, dos grillos y una culebreta, y hablaba mucho: su marido, que llevaba un futraque de color de miel, dijo que iba á Roma á ver el Padre Santo y á ponerse dientes. Tamien venia un primo mio llamado Pepin, chico mu astuto y que tiene la cabeza casi podria de tanto saber: y en fin, pa rematar, se nos ajuntaron en Ballona, ú Bayona, ú Boyoneta, una mujer que le icen la tia Lamberta que vende hortalicia en Balbastro; un señor mu mayor, al paicerde tropa, que hizo temblar el coche cuando se sentó y aemás era mu colorado, sanote, robustote y barbarote y echaba ca la regoldo, y ustés perdonen, que paicia la irrupción de un volcan, y luego sudaba tanto que paicia que con una regadera le echaban agua pol cerebro de la cabeza: á él llamaban don Lucas y á su mujer doña.... yano macuerdo, doña Representación, y por cierto que cerca de Roma le dió un patatus que se me cayó encima y me pegó un puñetazo, y yo en pagas, sino me detienen, le clavo el mango de mi bigüela por la andorga. Y eso que al cair no me hizo mucho mal porque se me cayó de espaldas, y luego llevaba una cosa güeca que se llama requesón, ú polisón, pero como hi dicho, sino me detienen le hago una gusanera. (1)

—¿Habrà mucho que ver en Roma, verdad?

—Ya lo creo: á lo primero me pensé yo que sería como una zuida cualquiera, pero dempues, yá, yá, con la boca abierta me queaba: ¡qué cosas! ¡qué orificios y qué fachadas! ¡Niño mío!

—¿Y el Papa?

—¿Qué Papa? ¿El de éste chico? Yo soy.

—No, hombre, el Padre Santo.

—¡Ah! Como yo le digo siempre el Padre Santo no le entendi á usted. ¡Oh! El Padre Santo está mu reguapo y ¡qué blanco! ¡qué blanco! paicia un copo de nieve blanca; yo, al prencipio, amos, antes de ir á Roma, me feguraba que no sería de carne, pero me desengañé asinas que lo vi en el Valticano.

—En el Vaticano, querrá V. decir.

—Eso, eso es, en el Vaticano: así que le vi con estos ojos. ¡Dios del Cielo! Le hubia dau tres mil abrazos, y le hubia regalau to lo mejor que tengo. Y ¡qué bien se explicaba! Yo no lo entendia, pero un señor que estaba á mi lau y llevaba santiojos y la cabeza como una calabaza, dijo, dice, el Padre Santo es hombre de gran cencia.

(1) Gusanera se llama en Aragón, á una lesión de piedra palo ó bastón. Lo digo, pues, para aquel que no sea aragonés.



—Ea, señor Polito puede V. pasar cuando guste.

—Voy allá. Pero, chico, Calistro, con este mochuelo de crio no se puede dir á nenguna parte; él siempre ha de estar comiendo ú durmiendo. Amos, espabilate, que así que me desacupen aquí iremos á comprar una mula. Con que señor de Pantaleón, á ver como me cuerta ustè el pelo con cuidadico, miusté que lo tengo mu enreligao; en Roma me lo iban á cuertar, pero dije, digo, ni quio dejar po aquí mis pelos, no lo tomen á mala crianza.

—Pero allí se afeitaria V.

—Si dos veces, y por cierto que la una me resuró una mujer que la llamaban Remonini, que llevaba unos bigotes como un general de tropa; pero pa la resura tenía una mano mu suave y luego tenía un hablar tan melosico que á mí de oila paicia que se me llenaba la boca de mieles; el genio, no, que era mu juerte, porque solo porque allí le negó uno una deuda, le atizó un puñetazo en el sombrero que se lo metió hasta los hombros y dimpués entre dos no se lo podíamos sacar; rediez que sombrero tan duro, paicia un cartón de madera. ¡Ay!

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, que se laido á usté la tijera y me ha tocau una miaja el bolo de la oreja.

—Ea, ahora le afeitaré á V.

—Pues andando: ¡ah! tenga cudiau con este grano de la barba, el ladrón, paice que lo hace á propósito, todos los sábados cuando mi de afaitar, me paice que me crece: dende chico hi tenido granos de esta calidá; se me quitaron los tumores frios, y agora resbota la naturaleza por los granos.

—Qué poco en Roma se acordaria V. de los granos.

—¡Cá! Y más en un baile que tuvimos en casa de una señora mu delgadica, que le ician la seña Melitona; allí si que me lucí con mis tocatas en la brigüela: jotica va y jotica viene, armemos un fregau que pa qué: allí too Dios bailó.

—Vaya; ya tiene V. limpia la cara señor Hipólito. ¿Falta algo? Veo que se toca V. la cabeza.

—Si, por que había querido que mubía dao usté otro repasico.

—Bueno, lo cortaremos mas raso.

—Sí, sí; cuerte too lo que pueda; á lo melitar de tropa; sobre todo po aquí, por la coroneta no me deje uste ni zarapita de pelo, porque sino se me forman rebullones de caspa, y si á la mujer le ocurre pasame el paine. se me enganchan las pugas, y mace dar cada salto que paizco lo mismo que un abríó guito.

—Ea, ahora ha quedado bien.

—¿Y cuántos son los drechos?

—Lo que V. quiera.

—Pues allá van siete cuartos por la resura y por la cortaura: eso se llevan en el pueblo.

—Aquí es dos reales.

—Entonces, ahí van: ya veo que estamos en zuidá: amos Calistro. Conque, malegro de concelos.

—Igualmente.

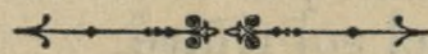
—Si algo ocurre, me llamo Polito Ruibarbo y vivo en Zaragoza, mi pueblo es Los Anglis, Ea, á cudiarse.

—Haga V. lo mismo.

—Vaya, que Dios me guarde de ustedes.

—Y de usted á nosotros.

P. P. Y P.



## Cantares populares

Alcalá del Obispo  
con Alcalá de Henares  
y Alcalá de Gurra  
tres *alcalares*.

En la montaña de Oroel  
hay una cruz de madera;  
por allí pasa el camino  
á la Virgen de la Cueva.

Canta claro me han llamado  
las niñas de mi lugar  
y tienen mucha razón  
porque no puedo callar.

Tristezas me ponen triste,  
tristezas salgo á buscar,  
para ver si con tristeza  
tristezas puedo olvidar.

Si por querer á otro quieres  
que yo la muerte reciba,  
cumpla Dios su voluntad,  
muérame por que otro viva.

Válgame Dios que serena  
es usted para bailar,  
si para todo es lo mismo,  
¡vaya una serenidad!

Si oyes que tocan á muerto  
no preguntes quien murió,  
por que, ausente de tu vista,  
¿quién puede ser sino yó?

Asómate á esa ventana  
si te quieres asomar;  
ten cuidado no te rompas  
ese pecho de cristal.

Un estudiante en Valencia  
se puso á pintar el sol,  
¡de tanta hambre que tenía  
pintó un pan de munición!

Si quieres saber hermosa  
quien te ha venido á rondar  
un mocito aragonés  
que te tiene voluntad.

Me despido de tu puerta  
como el sol de las paredes,  
que por las tardes se vá  
y por las mañanas vuelve.

HUESCA

IMP. BLASCO Y ANDRÉS, Á CARGO DE F. DELGADO